

Diego Dublé Urrutia

Hace algunos meses la nación entera celebró los noventa años de Diego Dublé Urrutia, y hoy debe plegar sus pabellones en señal de duelo. El viejo cantor de la frontera y de las minas, el rapso enamorado de las florestas donde cantan aves libres y se yergue el árbol verde y fragante, el sutil escanciador de poesía en versos de marmórea estructura, acaba de morir.

Hace algunos años se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, de sober mercedido por la calidad excesiva de su obra, tan breve de téminos como intensa. Con ello se echó luz sobre su personalidad de escritor, discretamente sumergida en la sombra. Meditaba, leía, dejaba pasar los hechos de su tiempo, pero la sensibilidad alerta y sutil, el patriotismo, el amor a la lengua y a la raza, el entusiasmo, el deseo del creyente, todo ello salía de sus labios desde el instante mismo en que el amigo se llevaba a su vera. El silencio, la ausencia, desaparecían. Y al ofrir divagaciones sobre las cosas del mundo ambiente, de Chile y de cualquiera de los muchos países en que está dividida la grey humana, era fácil descubrir una doctrina tras las palabras.

La doctrina, por lo demás, cobró ya forma lírica en los versos de las mocedades, y se habría hecho lapidaria en el estilo de "Fontana cándida", aquel poema escrito en Italia, bajo la influencia impalpable de Roma y de sus hombres, príncipes, reyes, poetas y filósofos. El amor a la tierra natal aparecía allí en la base de todo, y el edificio iba coronándose en seguida con nuevas dependencias y atributos: fe en el esfuerzo, amor al trabajo tesonero, desinteresado elogio del hombre humilde y sobrio a quien acapara todas las horas del día la labor precisa para llevar a su hogar el pan cotidiano. Quien lee los versos de Dublé Urrutia en un orden adecuado advertirá que la patria resulta de ellos no engrandecida, porque nada puede haber más grande que ella, pero si enaltecida y como divinizada.

Todos los chilenos tienen derecho a sentir el silencio que durante tantos años pesó en la pluma de Dublé Urrutia, dejando tácita parte de su obra. Pero lo que dijo a sus hermanos de raza y de lengua, lo que cantó, los conceptos que

vertía en sus poemas, el tono mismo de exaltación que suele columbrarse en su decir, bastan para labrarle sitio entre los mejores espíritus que ha producido Chile. Matto y Lillo habrían de agradecer en el imperio de la poesía en donde moran, y no estarán lejos de Bello, de Barros Arana y de Letelier, que fueron algunos de los idóneos de su juventud.

En aquella familia de los espíritus formada espontáneamente por quienes reciben de la Divina Providencia el don de expresar lo que los demás hombres se limitan a sentir, Diego Dublé Urrutia ocupa lugar privilegiado. Noventa años duro su paso por el mundo, y en ellos tuvo, como todos, risa y llanto, amor y soledad, labor intensa y reposo. Pero tuvo también, como ha podido verse en varias fechas de su dilatado existir, la comprensión y el cariño de todo un pueblo, que al leer sus versos emocionados y sinceros, llenos de gracia y de optimismo, se sabía interpretado sin halagos subalternos, sin popularidad.

R. S. C.

Diego Dublé Urrutia [artículo] R. S. C.

Libros y documentos

AUTORÍA

R. S. C.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Diego Dublé Urrutia [artículo] R. S. C.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)

Mapa